



Tapicería bordada por Sofía para su madre (situada en Joigny)

¿Puede una joven de apenas 17 años bordar su futuro? Sería un atrevimiento responder taxativamente a esta pregunta, pero pasados unos 225 años de esta labor de costura que Santa Magdalena Sofía Barat regaló a su madre, sí podemos leer en las distintas figuras representadas delineados, bajo la forma velada del símbolo, los horizontes por los que discurrió la vida de la fundadora del Sagrado Corazón. Nace en 1779 en Joigny, una pequeña localidad de la Borgoña francesa a orillas del Yonne que riega unas viñas muy apreciadas ya por aquel entonces. Como curiosidad decir que los monarcas habían concedido como privilegio a esta villa el poder tomar toda la madera que necesitasen sus habitantes de los cercanos bosques reales. El padre de la pequeña Sophie, tonelero y viticultor, a buen seguro usó de esta

prebenda. Cuando uno visita la bella localidad de Joigny en la actualidad, con sus pintorescas casas de madera y sus sobrias y elegantes edificaciones, con sus feraces vides asomadas al lento discurrir del Yonne, su graciosa calma le puede llevar, si intenta retrotraer su apacibilidad a finales del XVIII, a un engaño. Nada de esa tranquilidad se encuentra en el tapiz que nos sirve de ventana para asomarnos a la biografía de Sofía Barat: su vida fue de una intensidad admirable en unos tiempos especialmente convulsos. Ya su nacimiento anuncia el carácter de su vida. Como les gusta repetir a las religiosas del Sagrado Corazón, Sofía nació del fuego. Un incendio que se inició en un callejón aldaño a su casa pronto se coló por el tiro de la chimenea de la habitación donde reposaba Madeleine Barat en estado avanzado de gestación de la que sería la más pequeña de sus tres hijos. La rápida intervención del padre puso a salvo a la madre, pero a resultas del susto y trajín nació prematura la pequeña Sophie. Tan frágil vino al mundo que el médico aconsejó que se la bautizara sin perder tiempo en la parroquia próxima de Saint Thibaud. No llegaría esa noche al cielo como vaticinó el asustado médico, sino que habría que esperar 86 años, muere en 1865, para que finalmente ese cuerpo frágil del que la enfermedad nunca se alejó demasiado tiempo descansara finalmente, después de una labor ingente y que no deja de sorprender a quien se acerca a contemplar su obra. Nació del fuego y también creció en el fuego. El final del siglo XVIII y buena parte del siglo XIX en los que tuvo que vivir fueron épocas de la historia especialmente convulsas, revolucionarias. A la toma de la Bastilla del 1789 le seguiría tres años después el Régimen del Terror. En nuestro tapiz, a los pies, puede observarse una serpiente que se retuerce amenazante ensortijada en torno al nido. El pecado, el sufrimiento que los hombres nos causamos unos a otros, el horror que no lo puede causar sino la mano humana inhumana pronto se hizo tangible en la vida de la pequeña Sophie. La educación de Sofía Barat se forja a este fuego. Un personaje clave en ésta es el de su hermano Luis. Es él quien descubre en su hermana unas dotes excepcionales para el estudio y una fina sensibilidad para las cosas de Dios y, acaso con un rigor difícil de entender para nuestra actual pedagogía, dota a su hermana de una formación del todo inusual para una chica de su condición social e incluso para una chica, mujer, sea cual fuere su estatus. Esto le robaría parte de su niñez, pero sin duda templó el acero de su alma para poder atravesar el fuego de su época y abrir un camino de esperanza para las que más adelante decidieron unir sus destinos al suyo. De aquí -nos atrevemos a proponer- surge una de las divisas más luminosas de la educación del Sagrado

Corazón: la necesidad de educar personas fuertes, “al menos unas pocas” que puedan poner los cimientos sólidos de una regeneración necesaria en un mundo como fue el suyo, roto y dividido por los enfrentamientos y luchas intestinas. En el bordado que comentamos hay un fuego, pero no es el fuego de la destrucción, sino que es el fuego que brota de los corazones de Jesús y de María, el fuego del amor que es el único que puede reparar, restaurar lo que el otro fuego parece haber destruido para siempre. La fina intuición para las cosas de Dios que hemos comentado encontró en la espiritualidad del Sagrado Corazón la expresión que su sensibilidad necesitaba. Dios es ante todo amor. Este descubrimiento, central para entender su vida y su obra, tuvo que remover lastres que lo dificultaban y que estaban en su propia casa. En Francia, en su propia madre, era muy fuerte el jansenismo, corriente religiosa que concede muy poca esperanza a la naturaleza humana y que vive el temor de la condenación por un Dios ante todo justo. Poner el Corazón de Jesús en el centro es anteponer la misericordia de Dios. Cuando el Terror político perdió vigor, Luis, el hermano mayor de Sofía, que había sido seminarista en la clandestinidad por haberse negado a firmar la Constitución Civil del Clero y se había librado milagrosamente de la guillotina, obtiene el permiso de sus padres para llevarse a su hermana a París y completar allí su formación. Su hermano le busca alojamiento en casa de la señorita Duval, una mujer piadosa que le ofrece refugio, donde reúne a otras jóvenes que quieren crecer en piedad y discernir su vocación religiosa bajo la dirección espiritual del propio Luis Barat. Estamos en 1795. Sofía ya no volverá a Joigny más que de visita. Su pequeño mundo se ha hecho el mundo de Dios y éste no conoce fronteras: toda su vida tendrá ya una proyección universal. Su primera intención, sin embargo, alentada por su hermano Luis, fue la de volverse a ese amor de una forma total y exclusiva. El Carmelo se le apareció como el camino más directo. Pero el desamor reinante en el mundo amado por Dios era una llamada permanente que no dejaba de oír Sofía desde el fondo de su corazón. Y en esta llamada a algo nuevo es providencial el encuentro de Luis, primero, y después, por mediación de éste, de Sofía con el padre Varin. Él vio con absoluta claridad que toda la vida de Sofía hasta ese momento (su educación, su sensibilidad, su personalidad, su cultura) era el terreno propicio para que germinara una obra soñada ya por el P. de Tournély y heredada por él de “consagrarse a la gloria del Sagrado Corazón de Jesús y a la salvación del prójimo por medio de la educación de la juventud”. Ésta es la semilla de la Sociedad del Sagrado Corazón. El Padre Varin toma las riendas de la formación espiritual de Sofía y junto con otras tres jóvenes organiza una especie de noviciado. En 1800, en la fiesta de la Presentación de Jesús en el Templo, pronuncian sus votos de consagración al Sagrado Corazón en una capilla de la calle Touraine. Y, muy pronto, en noviembre de 1801 el Padre Varin envía a Sofía a regentar un pensionado en Amiens y a formar una comunidad religiosa. Aunque formalmente no es aún una comunidad del Sagrado Corazón y depende de una congregación romana, las Dilette di Gesu, será su germen, abonado convenientemente por las circunstancias históricas (separación de los Padres de la Fe, a quienes pertenecía el Padre Varin, de las Dilette). En poco tiempo, gracias a las dotes particulares, la actividad incesante y a la sinergia, obra del Espíritu indudablemente, del Padre Varin y de Sofía Barat el naciente Instituto está en condiciones de celebrar su primer capítulo general. En él el 18 de enero de 1806 la madre Barat es elegida casi por unanimidad superiora general vitalicia. “Una terrible responsabilidad me angustia” son sus palabras. Es el angosto camino por el que Santa Magdalena Sofía Barat tendrá que transitar, como el de la afilada cruz que atraviesa nuestro bordado -¿trasunto de la espada que atraviesa el corazón de María?- durante los casi sesenta años que será la cabeza de la joven Sociedad del Sagrado Corazón. Porque el rápido “éxito” social y eclesial de estas religiosas educadoras de una juventud que habría de regenerar el tejido social y espiritual de una sociedad arrasada a muchos niveles no se hizo sino a costa de mucho sacrificio personal e interior. Y a muchos niveles, algunos especialmente dolorosos porque su figura fue por momentos contestada, no siempre fue

comprendida. El vino nuevo procedente de Joigny, estas mujeres de vida apostólica y no estrictamente conventual, intentaba almacenarse en los tranquilizadores odres viejos. A punto estuvieron de pudrirse y reventar en varias ocasiones, dos particularmente graves (1811-1813; 1839-1845). Como en su nacimiento, parecía que una criatura tan frágil, de temperamento tan delicado, suave, o débil como maliciaban algunas de sus hermanas más críticas, una sencilla chica de pueblo, no podría conducir a una Institución que empezaba a extenderse por todo el mundo y con contactos en las más altas esferas políticas y sociales. Estas divisiones en el interior de la Sociedad fueron las que le provocaron el dolor más acerbo. Lo muestra que su divisa más querida y con la que concluyen las primeras Constituciones fuera “cor unum et anima una in corde Jesu”. Sus religiosas debían llevarla grabada en la cruz de su consagración y todos los días pedía al Señor por su cumplimiento perfecto. De una manera impredecible para un análisis meramente mundano esta pequeña timonel sorteó la Escila y la Caribdis, de los peligros internos de división y los externos de mundanización o de pérdida del sentido originario y especialísimo de la misión encomendada, y condujo a la nave del Sagrado Corazón a buen puerto. “Todo viento lleva a buen puerto cuando es Dios quien dirige”. Así fue, y fue así porque Sofía buscó siempre y exclusivamente la voluntad de Dios, en su vida y en la de sus hermanas, para quienes tuvo siempre, en los momentos más críticos también, una admirable discreción de espíritus. Cuando su travesía por esta vida concluyó, el 25 de mayo de 1865, la Sociedad del Sagrado Corazón había llegado al “puerto” de 111 fundaciones en América y Europa y 3500 religiosas. ¿El secreto de esta fecundidad evangélica del ciento por uno? La clave, una vez más, en el tapiz premonitorio que reproducíamos al comienzo. Sólo quien muere a sí mismo puede ser vida para otros, como el pelícano representado, símbolo de Jesucristo y de la eucaristía, que se da a sí mismo como alimento para sus polluelos. Preciosa imagen del cristiano, preciosa imagen del educador que Santa Magdalena Sofía representa admirablemente en su vida hecha entrega y que estas líneas han buscado acercar.

Fernando Trigo